



CALANDRAJAS

Papeles de Arte, Pensamiento y demás cosas

NUM. 11

TOLEDO

SEPTIEMBRE, 1986

Edita: Tertulia Calandrajás - Apartado 247

Más real que el Toledo real que tenía por fin ante mí me pareció el que había inventado durante el viaje. Pero no; no era yo quien se había equivocado de rumbo, sino ella: la población que, entregándose repentinamente a mi fiebre de cazador, perdía de un solo golpe su encanto fugaz de presa. Por eso no tenía ya que apuntar el ojo para dar en el blanco a cada momento, pues aquella página silenciosa —que los puentes distribuían en compactos párrafos interiores— era ya la crónica de Toledo, era ya Toledo.

Arriba, tallado sobre el zafiro de un cielo duro, estaba al Alcázar con sus cuatro pesadas torres y, en la memoria de los lectores del Duque de Rivas, el noble discurso de Benavente ante Carlos V. Abajo latía la ciudad. En ella, donde numerosas culturas se han sobrepuesto, la flecha lírica de la Catedral, al amparo de cuyas naves las aleluyas del órgano alegran el tímpano de los santos, inmovilizados en los retablos.

Como Brujas, como Venecia, Toledo es una ciudad y es, igualmente, una “estación de psicoterapia”. Su más recóndito sortilegio implica una gran lección. ¡Tantos siglos y tantos credos se han sucedido y entreverado sobre las rocas que la sostienen! Sinagogas y templos góticos, vías morunas y callejuelas. Los escudos de algunas familias de hidalgos devotos y belicosos pactan sin saberlo, en el viejo muro, con los arabescos y las espiras de los artífices orientales. Entre una puerta del siglo XV y una cuchillería, cierto rincón africano perdura, de cuya sólida sombra nace una “malagueña”, con la insolencia de una palmera sobre un erial. Y, para subrayar esta condición —pacificadora, humana y cosmopolita—, toledano como el que más, toledano entre toledanos, se levanta el prestigio de un extranjero, surge Doménico Theotocópuli.

(Jaime Torres Bodet, *Tiempo de arena*, en *Obras escogidas*, México, 1961, p. 383)